



Baile de verano

relato a la Austen

#Fanfic

por m. couvoni



Baile de verano

relato a la Austen

#Fanfic

por m. covani

Portada



Título



relato a la Austen
por m. covanni

Derechos

Título: Baile de verano

Copyright © 2021 M. Cavani

Baile de verano es un *fanfiction* de las novelas de Jane Austen, que ha sido publicado por partes y con el debido respeto, por primera vez, en diciembre 2020, en el blog *Ficción Femenina*, como una continuación de los relatos *Baile de invierno* y *Baile de primavera*, publicados también en el blog, en diciembre 2019 y marzo 2020 respectivamente, como un tributo a Jane. *Baile de verano* es la tercera parte de la serie “Un baile austeniano”, inspirado en las obras de la autora inglesa Jane Austen, que puede contener citas de sus libros. Esta versión para el *ebook* constituye una revisión ampliada, con contenido adicional y exclusivo, de la publicada en el blog. Es una obra de ficción que sigue el hilo de sus novelas desde una nueva perspectiva.

Primera edición.

Sinopsis

Anne Elliot ha recibido una carta que ha removido los sentimientos reservados en su corazón durante ocho largos y tormentosos años, pero esta noche, en el baile de verano organizado por su familia, hay una posibilidad de que sus dudas sean resueltas y de que exista una segunda oportunidad al amor.

Baile de verano es la tercera parte de la serie "*Un baile austeniano*", un divertido *fanfic* de las novelas de Jane Austen, un homenaje a la autora desde el punto de vista de una de sus lectoras.

Nota

Antes de que comiences a leer este relato debes saber un par de cosas: la primera, y te pido muchísimas disculpas por ello, es que se trata de un *fanfiction* de las novelas de Jane Austen —*lo sé, lo sé, y lo siento*—; la segunda, es que *Baile de verano* sigue el hilo de las situaciones presentadas en relatos anteriores, *Baile de invierno* y *Baile de primavera*, por lo que, si no los has leído, te invito a que los descargues en la tienda [Amazon](#). Por lo demás, solo quiero agradecerte el interés de leer *Baile de verano* y espero que te diviertas leyéndolo como yo escribiéndolo.

Tabla de contenido

[Portada](#)

[Título](#)

[Derechos](#)

[Sinopsis](#)

[Nota](#)

[Tabla de contenido](#)

[Dedicatoria](#)

[Pasaje](#)

[El ciervo blanco](#)

[Willoughby](#)

[Sensatez y Sensibilidad](#)

[Brandon](#)

[Agonía y esperanza](#)

[Epílogo](#)

[Bonus: carta del capitán Wentworth](#)

[Baile de otoño](#)

Dedicatoria

*Para Jane.
Y mi querida hermana.*

Pasaje

*Si sigue habiendo afecto en los dos, no tardarán en entenderse nuestros
corazones.*

De la novela *Persuasión*.

El ciervo blanco

Anne trataba de sonreír a los invitados del baile que ofrecía su familia, pero su corazón estaba precipitado, demasiado agitado para concentrarse en las conversaciones de quienes la rodeaban; si no hubiera estado obligada a los códigos de su sociedad, ahora estaría en el teatro, justo el plan que había propuesto Charles Musgrove, su cuñado, antes de que se le recordara su deber con este baile; él ya había comprado un palco del que tuvo que prescindir para complacer a su esposa y a su madre, en atención a la invitación de los Elliot.

La carta, esa carta que el capitán Wentworth había colocado en sus manos, la había estremecido, removido todos sus sentimientos y, de alguna forma, aclarado las dudas reservadas en su corazón desde hacía ocho años.

*Una palabra, una mirada me bastarán para
comprender si debo ir a casa de su padre esta
noche o nunca.*

La había leído tantas veces que si cerraba los ojos podía ver cada línea escrita en su fina letra.

En la mañana, luego de la intensa lluvia, Anne se dirigió a *El ciervo blanco*, la posada donde se hospedaba el grupo de los Musgrove. Al incorporarse se sintió ligeramente agitada e intimidada al comprobar que el capitán Wentworth ya estaba presente en los dominios de sus amigos, tan enigmático y atractivo que sentía que su corazón sufría con cada encuentro; le habría sido más sencillo componerse y dominar los nervios si su hermana o Henrietta hubieran estado allí para atenderla, pero las dos habían salido brevemente. Por unos segundos Anne pensó en regresar a Camden-Place, su nuevo hogar desde que su familia se mudara a Bath, pero se le había dejado encargado a las señoras Croft y Musgrove retenerla hasta que su hermana y amiga volvieran. Anne se superó a sí misma, las últimas semanas había aprendido a estar en su presencia sin que su indiferencia le fuera intolerable. Permaneció en los aposentos, donde, a pesar de *él* y sus aires de importante, se sentía querida.

—Me contenta saludarla nuevamente, Anne.

Una voz masculina, que interrumpió sus recuerdos, le hizo volver a la realidad.

—Capitán Harville...

Justo el capitán Harville había sido quien, en la mañana, le diera compañía mientras esperaba por Mary y Henrietta cuando, en un descuido, aquella inesperada carta fue depositada en sus manos.

—Es una bonita noche, ¿no cree usted?

Así deseaba Anne que lo fuera, una bonita noche, una inolvidable, pero pensaba que sus inseguridades podían más que sus ilusiones y esperanzas.

—Seguro que sí —debió responder solo por compromiso.

—Hemos tenido una conversación interesante esta mañana, ¿no lo cree?

—Comentó ofreciéndole el brazo para que le acompañara a dar un paseo por el salón.

—Muy controvertida.

—Pero me temo que no hemos llegado a una conclusión.

—Cada uno está muy predispuesto en favorecer a su propio sexo.

—Es probable, sobre todo porque usted está siendo muy injusta con el nuestro.

En este momento Anne quería defenderse, pero solo pudo suspirar cuando a su mente regresaron los últimos momentos de la mañana en El Ciervo Blanco.

—Algo me dice que al menos la he hecho dudar —le dijo el capitán, como si hubiera leído sus pensamientos. Anne le respondió con una sonrisa, tratando de disimular el rubor antes de detenerse en un punto del salón, donde la esperaban sus invitadas.

—Capitán Harville, permítame que le presente a mis amigas: Elinor y Marianne Dashwood.

La última vez que Anne, Elinor y Marianne habían estado juntas había sido por cuestiones del azar, el pasado baile de invierno, en Highbury, cuando Anne había asistido en compañía de Lady Russell, siguiendo la invitación de Emma —los Woodhouse eran buenos amigos de los Elliot—, y las Dashwood iban de paso a Londres para pasar una temporada con la señora Jennings, su vecina en Barton; sin embargo, la correspondencia entre todas, incluso con otras amigas (las Bennet), a las que habían conocido en aquel baile, se había mantenido en detalle. Ahora, recién instalada en una ciudad que no le traía buenos recuerdos, había vivido tres años aquí luego de la muerte de su madre, Anne consideró la compañía de las hermanas el mejor recurso para su adaptación.

—Encantado de conocerlas —el capitán ofreció sus respetos.

—También el nuestro —respondieron al mismo tiempo.

—Elinor y Marianne son mis invitadas personales, han venido a pasar una temporada conmigo en Bath.

—Tendremos un inconveniente en este punto, señoritas —advirtió el capitán—, porque sé que nuestro grupo es ambicioso y no querrá compartir la custodia de Anne, así que, me temo, necesitaremos llegar a un acuerdo.

—Seguro encontraremos una forma de compartirla, capitán —repuso Elinor, amablemente.

—Y por mi parte —dijo risueño— estoy seguro de que el grupo estará encantado de conocerlas también y sumarlas, si esto no significa un inconveniente para ustedes; las amigas de Anne merecen toda nuestra consideración y confianza.

—Estaremos agradecidas y complacidas de ser incluidas en su grupo, capitán —repuso Elinor nuevamente.

—El capitán Harville es... —*un gran amigo de Frederick*, Anne hubiese querido agregar, pero no podía dejar reflejo de la familiaridad entre ambos, no todavía, cuando ella no estaba segura de lo que estaba sucediendo o podía a suceder entre ellos— un estimado amigo al que tuve la suerte de conocer recientemente en Lyme.

Anne sonrió, aunque los recuerdos de Lyme se removieron dentro de ella. Había sido un paseo propuesto por Louisa Mussgrove, la cuñada de su hermana Mary, en el tiempo en que se hospedaba en Uppercross, que había sido seguido por una serie de eventos que la movieron a pensar que el capitán Frederick Wentworth, *su Frederick Wentworth*, estaba muy interesado en la joven, a tal punto que lo creyó enamorado y a poco de perderlo para siempre.

—Un estimado amigo, me gusta saber que el aprecio es mutuo —le confió sonriendo.

Anne le devolvió una sonrisa dulce.

—Tal vez sus amigas tengan alguna opinión sobre nuestro tema de la mañana.

—¿Cuál tema? —Inquirió Marianne.

—Verán, esta mañana, la señorita Elliot y yo conversábamos sobre la intensidad, constancia de sentimientos y sus diferencias entre el hombre y la mujer, pero no pudimos llegar a un acuerdo; ella sostiene que es exclusividad de su sexo la ternura y precisión de estos, sin embargo, yo me resisto a que la naturaleza de los nuestros sea distinta.

—Tal vez no podemos afirmar lo que en realidad sucede en sus mentes cuando piensan en nosotras —intervino Marianne, que, desde que era muy joven (Anne lo conocía bien), tenía una opinión muy firme para cada tema —, pero generalmente, sus sentimientos se contradicen con sus acciones.

—Esa es una opinión muy precisa para ser usted tan joven.

—Mi juventud no me reserva de la observación o la experiencia.

—La experiencia, ¿ah? —Dijo el capitán riendo un poco—. Bueno, señorita Anne, no quisiera claudicar en mis principios, menos en mis sentimientos, pero me creo en desventaja. A ver..., a ver...

El capitán Harville miró alrededor, como si estuviera buscando algo.

—Con lo útil que me sería Wentworth en este momento...

Al escuchar su nombre, el corazón de Anne se desbocó, sin embargo, evitó que su mirada paseara por el salón para buscarlo también, prefería no hacerse ilusiones con su presencia en el ostentoso baile planificado por su padre y su hermana Elizabeth, al que le habían invitado solo porque —ella lo sabía— siendo él el hombre de moda en la ciudad, les había parecido un accesorio interesante para su velada.

—Ah, pero ya veo a alguien que me podría servir de respaldo. ¡Tilney!

Anne sonrió al detectar a su amigo, la familia Tilney y la Elliot se conocían desde siempre.

—¡Capitán Harville!

Henry se acercó sonriente, el buen humor y el entusiasmo le caracterizaban, Anne notó que paseó la mirada sobre las tres, deteniéndose brevemente en ella, antes de saludar al capitán, Henry y ella se habían visto más temprano y tenido todas las ceremonias correspondientes a su encuentro.

—Necesito de su asistencia.

—¿En qué puedo servirle? —Todavía sonreía.

—Mis jóvenes amigas, injustamente, me han dejado entre la espada y la pared.

—¿Cómo?

—Le explico: estas encantadoras señoritas han puesto en duda mis argumentos sobre la fidelidad de nuestros sentimientos en relación a los suyos, sostienen que nosotros olvidamos fácilmente el afecto y carecemos de constancia, en comparación con ellas; por favor, sírvame de ejemplo y ayúdeme a convencerlas de que están equivocadas.

—Capitán, me pone usted en un aprieto.

—Bienvenido al sentimiento.

—Pero no seré yo quien contradiga a las señoritas —dijo paseando nuevamente la mirada sobre las tres—; por regla general, creo que no debe imponerse la superioridad de un sexo, ambos demuestran igual aptitud para todo aquello que está basado en la elegancia, el buen gusto y... *los sentimientos*.

—Ni yo lo habría expuesto mejor, Tilney.

—Solo espero haber complacido a las señoritas.

—No se trata de complacernos sino de reconocer nuestras emociones que difieren tanto de las tuyas —en la voz de Marianne se podía registrar cierto grado de irritación e indignación.

—No ha sido mi intención desconocer sus emociones, señorita...

—Marianne —repuso colorada, reflejo de su inconformidad.

—Señorita Marianne...

—Pero discúlpeme, Henry —intervino el capitán—, he de ser yo muy maleducado, permítame presentarle a dos muy queridas amigas de Anne, nuestra adorable anfitriona, las señoritas Elinor y Marianne Dashwood.

—Encantado de conocerlas, señoritas Dashwood.

El señor Tilney tuvo con ellas todas las gentilezas y galanterías propias de un caballero bien educado, quedándose un poco en el saludo de Marianne.

—Sepa disculpar mis sandeces, señorita Marianne.

—No hace falta que se disculpe, señor.

Marianne paseó la mirada por todo el grupo antes de disculparse:

—Creo que necesito un poco de aire fresco —y sin esperar la autorización de alguno, se abrió paso y se retiró.

Anne y Elinor intercambiaron miradas, ambas sabían lo que tenía a Marianne tan afectada y que estaba directamente relacionado con temas del corazón, pero, como si estuviesen leyéndose el pensamiento, pensaron que lo mejor sería cederle un espacio a solas.

—Iré a disculparme —ofreció, sin embargo, el recién conocido, Henry Tilney.

Willoughby

—¡Willoughby!

Marianne no daba crédito a lo que sus ojos estaban mirando. Era Willoughby, *su* Willoughby, el mismo por el que había enjugado gruesas lágrimas en Devonshire, desde su cruel despedida, unos meses atrás.

Verán, luego del baile de invierno, cuando Marianne y Willoughby se conocieron de ese modo tan novelesco: él la había levantado en brazos al verla saltarse un peldaño y casi sufrir una torcedura de tobillo, tuvieron la dicha de, en adición, ser objeto de algunas coincidencias del destino; a los pocos días, se reencontraron en Londres y unas semanas después, durante la primavera, en Devonshire, donde Willoughby tenía intereses, además de Marianne, o al menos eso era lo que él le había dado a entender con sus atenciones, aparentes intenciones y recurrentes visitas a Barton cottage. Pero lo que sucedía en realidad era que Willoughby visitaba el villorrio cada año puesto que en Allenham Court tenía una anciana pariente cuyos bienes él heredaría.

Pero desde aquella inesperada velada, cuando se acercó a la cabaña familiar para despedirse, Marianne no había tenido paz ni la dicha de saber de él, solo la esperanza de encontrarse de nuevo, pues la promesa de su amor estaba siempre impresa en cada detalle que había tenido con ella los días pasados, sabía que él la amaba tanto como ella a él, de ello no dudaba pese a que su ausencia fuese dolorosa; ella tenía la certeza de que Willoughby regresaría, de que en cualquier momento volvería por ella a Barton, pero encontrarlo acá, en Bath, aceleraba las cosas, nuevamente el azar había jugado un espectáculo maravilloso para ambos.

—¡Oh, Willoughby! —Exclamó con afecto y le extendió la mano.

—Señorita Dashwood... —dijo él con detalles circunspectos, que no eran propios de su amistad con ella, y algo atropellado procedió a preguntar por su madre y sus hermanas, tratando de ignorar su gesto.

—¡Santo Dios! Willoughby, ¿qué significa esto? ¿Acaso no has recibido mis cartas? ¿No me darás la mano?^[1]

Por unos segundos sus miradas se encontraron y sus cuerpos entraron en contacto, justo cuando Willoughby aceptó la mano que ella estaba ofreciéndole. Durante esos breves segundos, Marianne pudo sonreír, ahora en su corazón podía sentir la calidez de tiempos pasados.

—Las he recibido.

—Entonces, ¿por qué no he tenido noticias tuyas?

—Porque...

Marianne notó que, aunque parecía vacilante la mirada de Willoughby no se apartaba de la suya.

—¡Merezco una explicación, Willoughby!

Al exigir esto, Marianne también notó que él cruzaba la mirada hacia un punto del salón en el que estaba una mujer joven, de aspecto elegante, que parecía estar esperándole.

—Willoughby... —dijo sin evitar contener las lágrimas—, ¿qué significa...?

—Marianne... —él bajó la mirada. Si ella no se equivocaba, había un mínimo de dolor en su voz.

—Señorita Marianne...

La voz de alguien más interrumpió lo que estaba sucediendo.

—Nuevamente le ofrezco mis disculpas —Marianne trató de disimular la obstinación y deshacerse de la mano que, sin ceremonias había tomado la suya, cuando reparó quién era su dueño—, tiene usted toda la razón, nuestros sentimientos no se comparan, nosotros somos demasiado ensimismados para reconocer la delicadeza de los suyos —aún sin comprender qué necesidad había en este sujeto, con el que apenas había cruzado dos frases, de dirigirse a ella para justificarse, le sirvió para percibir la mirada de Willoughby sobre ella, esta vez parecía confundido y, si no se equivocaba, algo iracundo—. Por favor, señorita Marianne, le ruego que perdone mi torpeza y si no es una aspiración demasiado elevada de mi parte, le solicito que me conceda el próximo baile.

Marianne sabía que algo sucedía alrededor suyo y que junto a ella ese recién conocido zumbaba en su oído como una abeja, pero ella solo creía poder escuchar los inconstantes latidos del corazón de Willoughby, que, por un segundo, cruzó la mirada con la de aquel, para luego regresarla a la de ella.

—Me parece que está ocupada, señorita Dashwood —Willoughby dio una última mirada al desconocido. En este momento, Marianne sintió que dentro de ella sucedían sentimientos difíciles de explicar, todos parecidos a presentimientos que la habían atormentado por semanas, relacionados con la oscuridad que sabía, ahora habitaría en su corazón—. Me ha gustado verla.

Y teniendo con ella apenas una breve deferencia antes de alejarse, Willoughby se apartó para reunirse con aquella joven cuyo rostro Marianne no iba a olvidar jamás.

Sensatez y Sensibilidad

Ahora Tilney bailaba con una joven que le había sido introducida de manera intempestiva por la misma señorita Marianne Dashwood cuando, por compromiso —él lo sabía—, bailaba con él. Había sucedido tan rápido que no pudo oponerse a la idea y su necesidad de dejarle, pero, lo que más había sentido era el hecho de que, los breves minutos que compartieron durante el baile, no hubiera conseguido confortarla; sin duda el caballero con quien la había encontrado ejercía una gran influencia sobre su estado de ánimo actual, todo el tiempo que estuvieron juntos, la joven no apartó la mirada de la pareja que conformaba aquel con una distinguida joven en el recuadro siguiente al que ocupaban los dos.

—Catherine Morland, me dijo —intentó fijar su atención en la joven que le había sido presentada.

—Así es, señor.

—Me disculpa, Miss Morland, que no le hubiera preguntado cuánto tiempo lleva usted en Bath, confieso mi negligencia, creo que tengo la cabeza ocupada en algo más... —la mirada del señor Tilney se trasladó al espacio que ahora ocupaba Marianne con su hermana, a un lado del salón; él nunca había sido eclipsado por una mujer antes, pero la señorita Marianne Dashwood, a la que no había perdido de vista aunque bailara con esta princesa, era la primera e iba a demostrarle que los sentimientos de los de su sexo podían ser tan tiernos y constantes como los suyos.

—Pero suplico que me ayude a reparar mi falta satisfaciendo mi curiosidad.

—No debería molestarse, señor.

—No es molestia. Me decía, ¿hace cuánto tiempo está en Bath?

—Una semana, señor.

Sí, hacía una semana que Catherine había llegado a Bath como invitada del matrimonio Allen, pero no había sido hasta esta noche que había tenido la suerte de presentarse en un baile digno de la protagonista de una novela, como las heroínas que leía en sus libros favoritos, al primero que había tenido la oportunidad de asistir, había sido público y al no tener conocidos, no había sido solicitada para bailar; pero esta noche, las circunstancias la estaban favoreciendo, ella apenas se incorporaba y se distraía admirando la elegancia y cada detalle del salón cuando Marianne Dashwood, a quien

había conocido el pasado baile de invierno, la capturó para obligarla a bailar con este joven que decía tantas cosas a la vez, que estaba segura de que intentaba confundirla.

—Una semana, ¿ah?

—¿Tiene eso algo de raro?

—Lo raro es que no la hubiera visto antes... —le dijo con simpatía y continuó interrogándola mientras continuaba la música.

Del otro lado del salón, Marianne parecía inconsolable.

—¿Cómo has podido hacerme esto, Anne? ¡Cómo no me lo advertiste!

—Te juro, Marianne, que no tenía conocimiento de lo que estaba pasando

—Anne conocía a la joven porque era amiga de su hermana, pero no tenía conocimiento de su relación con ese caballero—. He revisado la lista de invitados y es la señorita Grey quien está registrada.

—Y él es su acompañante —dedujo Elinor.

—Me temo que sí.

Marianne solo escuchaba las voces a su alrededor sin poder encontrar sentido a lo que su hermana y su amiga decían, *¿cómo podía ser?*, era la única pregunta que rondaba su cabeza. Nada de lo que estaba ocurriendo parecía lógico, por el contrario, en su mente sucedían las imágenes de Willoughby y ella cuando se conocieron en el baile de invierno de Highbury, y los detalles y las atenciones de los encuentros sucesivos en Londres y Devonshire, tan distintos a la indiferencia a la que había sido expuesta hacía unos minutos. El dolor abominable que acababa de causarle, no podía ser; tanta frialdad no podía justificarse.

—Ve a buscarlo, Elinor —dijo Marianne cuando apenas pudo hablar—, y oblígalo a venir acá. Dile que tengo que verlo de nuevo... que tengo que hablar con él de inmediato. No puedo descansar... no tendré un momento de paz hasta que todo esto esté aclarado... algún terrible malentendido. ¡Por favor, ve a buscarlo ahora mismo! ^[2]

—Querida Marianne... —Elinor tomó asiento a su lado y le tomó la mano para tratar de consolarla—, este no es momento ni lugar para solicitar explicaciones.

—Pero, Elinor, esto no puede ser...

—¿Me creerías si te digo que me siento tan decepcionada como tú?

—Nadie puede sentir lo que yo —se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, respiró profundamente y dijo—: Iré por él yo misma.

Al incorporarse, su hermana trató de impedirlo.

—No es buena idea, Marianne, por favor, ten algo de dignidad.

—¿Me hablas de dignidad, Elinor, cuando mi felicidad está en juego?

—Si te prometió esa felicidad, estoy segura de que es un hombre de palabra y cumplirá.

—¿De qué promesa hablas?

—¿No están comprometidos?

—¿Comprometidos él y yo...? Nada de eso.

—Pero te confesó su amor...

—Sí..., no..., no lo sé, no creo, estaba implícito en sus acciones, pero no, nunca lo dijo.

Marianne tomó asiento nuevamente.

—¡Oh, Elinor, cuán ciega he sido! —Lloró.

—Por favor no digas más y trata de componerte. Mañana, quizá sea posible que le encontremos una explicación a todo esto.

—La necesito ahora, Elinor, saber qué ha pasado, qué he hecho mal.

Elinor solo pudo pensar en la indiscreción de haberse demostrado demasiado afectuosa con alguien que no le había prometido algo. Ese, para ella, había sido el único error de su hermana.

—No te tortures más, Marianne —Elinor la rodeó con el brazo—, ha sido una noche muy confusa —al levantar la mirada, notó que Willoughby se retiraba del salón—, además, no tiene caso, está marchándose.

Al escuchar la información, Marianne le buscó desesperada una última vez. Su corazón terminó de romperse cuando le miró salir del salón acompañado por aquella joven.

Rompió en lágrimas de un modo inconsolable.

—Por favor, no llores más —le dijo su hermana, al rodearla con los brazos.

—No puedo —replicó ella sollozando, y, con la esperanza de encontrar a Willoughby todavía en el salón caminando hacia ella, le buscó nuevamente, pero solo pudo sentirse más amargada—. Es ese hombre otra vez... Nunca estamos a salvo de él^[3].

—¿A quién refieres?

Marianne prefirió no responder.

Pero todas se volvieron para ver que quien entraba al salón era el coronel Brandon, acompañado por el capitán Wentworth.

Brandon

Mientras Willoughby esperaba el carruaje hacía el intento de reparar en lo que su prometida, la señorita Grey, hablaba a su lado, una cantidad de sinsentidos sobre muselinas y encajes que solo conseguían aturdirlo cuando solo la imagen de Marianne Dashwood tan hermosa y sorprendida de encontrarle, como desdichada y vulnerable al dejarle, ocupaban su mente.

Aunque sabía que estaba rompiéndole el corazón y mutilando el suyo propio, aquel día que dejó Barton, lo hizo resuelto a no volver a verla; su irresponsabilidad en el pasado había comenzado a reflejarse en su presente cuando una desafortunada circunstancia se interponía y destruía su integridad, libertad económica y todos los planes de felicidad conyugal con Marianne Dashwood. Por mucho que la amara, porque sí, la amaba, Willoughby amaba a Marianne y planeaba solicitar su mano cuando aquella circunstancia le importunó, no podía arrastrarla con él a su desgracia. Al conocer el escándalo en el que estaba involucrado, Mrs Smith, su pariente y protectora, le había retirado el beneficio con el que Combe Magna y Marianne Dashwood dejaban de ser una posibilidad y la señorita Grey la única oportunidad de independencia.

Marianne, oh, Marianne...

—Señor Willoughby.

De pronto, una voz distinta a la de su prometida le sacó de sus reflexiones; al volverse solo pudo detectar la forma de un puño impactando contra su rostro.

—Ese fue por Eliza...

El impacto de otro puño en sus costillas le dejó sin aliento.

—Ese, por Marianne.

Siempre correcto, los puños del coronel Brandon ardían, este no era su estilo, pero cuando la había mirado tan deteriorada e inconsolable supo de inmediato de qué se trataba; no obstante, imposibilitado de devolver el brillo en su mirada, pues sabía que optar a su amor era una ilusión demasiado grande, que mientras amara a Willoughby él no tendría oportunidad con ella, le invadió la ira y la necesidad de hacer un poco de justicia por su cuenta, aunque la violencia fuese el único medio. No sería un duelo y lamentaba dar un espectáculo en una velada tan importante para su

amigo Wentworth, pero Willoughby no le había dejado otro recurso para representar los sentimientos que llevaba reservados por meses.

—¡Willoughby...! —Escuchó a la joven dama que le acompañaba inclinarse sobre el herido, mientras él esperaba que este se incorporara y contraatacara, pero doblado y tosiendo por el impacto, el hombre solo le miró con ira.

—Levántate y pelea —le incitó el coronel.

—¿Qué esperas de mí? —Dijo Willoughby—. Ahora tienes lo que siempre has deseado, que su corazón esté roto por mi causa y el camino libre para obtenerla.

El coronel empuñó nuevamente la mano dispuesto a causarle un dolor físico tan intenso como el que creía que Marianne estaba sintiendo en su alma, cuando sus evidentes intenciones fueron interrumpidas.

—¡Brandon! —El cortejo venía liderizado por Wentworth.

—¡Pero qué significa esto! —Escuchó la voz indignada de una mujer que, al volverse, resultó la anfitriona del baile, la hermana de Anne—. ¿Por qué hacer un escándalo de mi baile? ¿Quién es este hombre? —Vociferó mirándolo con desprecio.

—Ha venido conmigo —le defendió Wentworth.

—¿Con usted? —Brandon notó que la joven también miró a su amigo con desprecio.

—No podía esperar menos de sus amistades. Cuán equivocada estuve en invitarle.

—¡Elizabeth! —Anne salió en defensa del capitán. Por su parte, el coronel se sentía avergonzado de lo que estaba sucediendo debido a sus impulsos, pero, aunque su amor por *ella* no fuese correspondido jamás, necesitaba defenderla—. Son mis amigos y tienen tanto derecho a estar aquí como los tuyos —el coronel notó que Anne miró de reojo a una señora que acompañaba a su hermana.

—Lamento haberla molestado, señorita Elliot —se disculpó—, pero soy el único responsable de mis actos, el capitán Wentworth...

—Brandon no hace falta —su amigo trató de detenerlo, pero él necesitaba defenderlo, estaba arruinando su momento, sabía la razón por la que estaba esta noche en este baile, más temprano se la había confiado.

—De haber conocido mis intenciones —el coronel continuó su explicación—, el capitán Wentworth jamás las habría consentido.

Con desdén, como si no le importasen sus explicaciones, por un segundo la señorita Elliot les miró nuevamente y luego se dirigió a la pareja que conformaban Willoughby y la que, el coronel sabía, sería su desdichada esposa.

—¿Está bien?

—Creo que necesitamos un médico, Elizabeth, este hombre es un salvaje —anunció la futura señora de Willoughby.

—No te preocupes —repuso desviando, por un instante, la mirada desdeñosa hacia él—, que ya se marcha.

El coronel aceptó el veredicto con elegancia.

—¡Elizabeth no te atrevas!

—¡No lo discutas, Anne! Da gracias a que Mrs Clay acompañaba a nuestro padre haciendo lo propio para que no notase este altercado.

—Anne —le dijo el coronel—, por favor, no interceda. Me marcharé. Es lo justo.

—Pero...

—Ya le escuchaste, es lo justo —Elizabeth miró desafiante a su hermana—. Llevemos a Willoughby adentro y pongámoslo en una de las habitaciones para huéspedes —la anfitriona dijo a su amiga—, luego llamaremos a un doctor.

—¡No...! —Al coronel llamó la atención la oposición del herido—. Estoy bien —sus miradas se encontraron— y nuestro carruaje está aquí, volvamos a la posada —dijo incorporándose.

Mientras Willoughby subía a la calesa con su prometida, el coronel se despidió nuevamente.

—No estoy de acuerdo —repuso Anne.

—He arruinado el baile de su familia, señorita Anne.

—No ha arruinado algo, solo ha hecho justicia.

—Justicia habría hecho si a tiempo hubiese puesto en evidencia lo que sabía y le hubiera evitado un sufrimiento mayor a la señorita Dashwood.

Así había sido, pronto el coronel supo que los sentimientos de Willoughby no eran sinceros y que iba a faltarle a Marianne. Justo acá, en Bath, el joven había conocido a su protegida, la hija de Eliza, una mujer de la que había estado enamorado siendo más joven, su afecto por Marianne había iniciado de la nostalgia de ella, ambas tenían la misma intensidad de sentimientos, fuerza de imaginación y vehemencia de espíritu. Al morir, Eliza había dejado a su cargo a su única hija, que ocho meses atrás, justo en

esta ciudad balneario, había desaparecido cuando él, imprudentemente, había autorizado que viajase con una de sus amiguitas, cuyo padre estaba en Bath por motivos de salud. Por un tiempo el coronel no pudo identificar las conexiones de su protegida hasta que, recientemente, supo quién la había deshonrado: Willoughby.

—¿Cómo está ella?

—Ha sido llevada a una habitación para que descanse.

El coronel asintió.

—Espero que se recupere pronto.

—Es el deseo de todos.

El coronel paseó la mirada por la fachada de Camden-place, adivinando en cuál de aquellas habitaciones estaría Marianne.

—Discúlpeme, Anne, una vez más.

El coronel tuvo una deferencia y se volvió para marcharse.

—Espera, Brandon —anunció el capitán Wentworth, observando que el coronel se detenía, pero luego se dirigió a Anne—: Señorita, no era este el sentido que esperaba que tuviera la velada, pero no deseo traerle más problemas con su familia.

Anne sintió que su corazón sufría una decepción mayúscula, había esperado todo el día por este encuentro, porque sus dudas fueran aclaradas, que sentía que no podía reservarse por más tiempo sus sentimientos.

*Una palabra, una mirada me bastarán para
comprender si debo ir a casa de su padre esta
noche o nunca.*

El recuerdo de aquellas líneas, en la carta, pasaron delante de sus ojos una vez más.

—Si usted se marcha, tampoco quiero estar aquí.

—Anne... —su mirada penetró la suya.

—Frederick...

Agonía y esperanza

Anne no dudó en dejarlo todo para darle una oportunidad a la felicidad.

—¿Está usted bien?

Sintió que sus mejillas se enrojecían y que su corazón palpitaba de forma desordenada cuando él tomó su mano, daba gracias a que para este momento ya habían perdido de vista al coronel.

Anne había esperado por este hombre ocho años —*aunque le habría esperado toda la vida*—, los últimos meses le había visto continuamente y durante ese tiempo habían reaparecido todas las heridas de su corazón, pero justo esta mañana él había solicitado, en una carta inolvidable, remover la agonía del pasado, y sembrar la esperanza en el futuro.

Todavía le parecía increíble que después de esos largos y tormentosos ocho años se hubieran encontrado nuevamente, que todo hubiera iniciado en el baile de invierno, en Highbury, donde apenas pudo permanecer unos minutos, pues su corazón no pudo resistir que después de tanto afecto entre ellos, él se hubiera mantenido tan distante y con tal indiferencia que solo le hubiera inspirado una ligera deferencia. En el corazón de Anne no existía lugar para el odio, pero sentía demasiado que luego de tal espacio de tiempo, él ejerciera tan marcada influencia en su estado de ánimo y en su persona. Sin embargo, aunque ella trabajó en mantener la separación a la que estaban hechos y acostumbrados, Anne no imaginó que aquella noche sería la primera de una serie de encuentros; era como si el universo hubiera conspirado para obligarlos a reunirse.

Lo primero fue la necesidad económica de su familia de rentar Kellynch Hall, su querida residencia, que luego de las negociaciones y estudio de los mejores postores fue directo a las manos de los Croft, tan cercanos a Frederick, la señora Croft era su hermana. Lo segundo, que se hiciera el hombre de moda del vecindario y con los de su familia en Uppercross; al margen de lo que había sucedido entre ellos en tiempos pasados, parecía ser el caballero que los Musgrove estaban esperando para unir formalmente con alguna de sus hijas, y sí, Anne tuvo que ser testigo de tales manifestaciones. Luego estuvo el viaje a Lyme, al que también se vio arrastrada y donde fue testigo de la indiscutible preferencia de Frederick por Louisa Musgrove, que le hizo sentir su insignificancia; no habían pasado desapercibidos aquellos comentarios suyos, la primera vez que se vieron en Uppercross

cottage, la residencia de su hermana menor, cuando él había asegurado encontrarla tan cambiada que no le había reconocido; sí, era cierto, Anne era consciente de que había perdido la lozanía de la juventud y que ahora era una solterona sin esperanzas de hacer un matrimonio ni siquiera por conveniencia, menos uno por amor, pues el único hombre al que había amado, al que todavía amaba, estaba prendado de una mujer joven y encantadora. Había aprendido a aceptarlo, el hecho de que sus relaciones mejoraran, que, a pesar del pasado, pudiesen civilizadamente compartir el mismo círculo de amigos, le hacía sentir orgullosa de sí misma, pues siendo la mujer que una vez fue sensible a sus méritos, que todavía lo era, la misma que le había amado hacía ocho años, tenía la dignidad de respetarlo y continuar amándolo sabiendo que sería siempre un imposible. Su amiga Marianne habría pensado que una mujer de veintisiete jamás podría inspirar afecto nuevamente, se sonrió un poco al pensarlo, porque aquí estaba ella, con veintiocho años caminando por las calles de Bath, del brazo del hombre que siempre había amado. Y si ella era una de esas mujeres demasiado afortunadas, con mucha suerte, él también la amaba igual.

—Han sido muchos los eventos de hoy —continuó, mirándola profundamente.

—Demasiados...

—Su amiga, la menor de las señoritas Dashwood..., creo que Brandon está enamorado de ella.

Era cierto, a través de la correspondencia que mantenía con sus amigas de Devonshire, alguna vez Elinor le había mencionado sobre las intenciones no correspondidas del coronel por Marianne.

—También lo creo así.

—Es primera vez que le veo perder el control de ese modo. Tal vez no era el momento ni el lugar para dar su merecido al otro caballero, pero si Brandon se atrevió, así como lo hizo, es porque hay una razón importante.

—Sin duda la hay, y no le juzgo como Elizabeth, si hubiera estado en mi posición hacerlo, también habría insertado mi derecha en sus pulmones solo por hacerle justicia a mi amiga.

—¿Usted? —Por la forma en que la miraba, Anne pensó que Frederick la encontraba graciosa—. La creo incapaz de hacerle daño a una mosca.

—Creo que su opinión sobre mí es demasiado elevada.

—Mi opinión sobre usted ha sido siempre la misma, Anne, es usted una mujer valiosa, incomparable. Bueno —Anne notó que Frederick bajaba la

mirada—, creo que si se trata de hacer justicia, tal vez merezca el mismo trato que el tal Willoughby.

—¿Por qué? ¿Es usted un canalla?

—Creo que lo he sido durante ocho años, resaltando mi comportamiento de los últimos meses, Anne, cuando, siendo muy estúpido, solo quería convencerme de que podía amar a otra mujer que no fuera usted.

—Entonces estuvo jugando con Luisa Musgrove.

—Fui demasiado irresponsable. No pensé que lo que para mí era una demostración de que su persona no ejercía influencias sobre mí, estaba, al mismo tiempo, condenándome a un compromiso no deseado.

—Sí, todos pensábamos que estaba comprometido con la joven.

—Lo sé y créame que lo siento. No sabe cuánto bien me hizo recibir la noticia de que Benwick le había ofrecido una propuesta inmejorable.

Benwick, al pensar en él Anne sonrió ligeramente. Benwick había sido el tema de partida de la mañana, el que había motivado la conversación con el capitán Harville en El Ciervo Blanco acerca de la inconstancia de sentimientos del hombre en comparación con la mujer, el tema que hizo que el capitán Wentworth escribiera aquella carta, contradiciendo los sentimientos de Anne. Benwick había estado prometido con la hermana del capitán Harville, pero ella había fallecido tristemente, así que una miniatura del novio, que había sido una promesa para la desaparecida novia, iba a ser un obsequio para la nueva prometida, Louisa Musgrove; el capitán había afirmado que su hermana no le habría olvidado tan pronto y Anne había repuesto que de ello estaba segura puesto que no era propio de ninguna mujer, que hubiera amado sinceramente, olvidar con tal facilidad.

—La dulzura de ella equilibrará la tristeza de él —aportó Anne.

—Que sea lo que sea para ellos, Anne, solo deseo que usted sea para mí.

Anne sintió que su corazón se detuvo.

—¿Por qué no me buscó antes? —Necesitaba sacarse esa duda.

—Porque siempre he sido orgulloso. En aquel momento pensé que se había dejado persuadir por personas que no me creían merecedor de la señorita Elliot, pero sabe qué, tal vez tenían razón, no estaba a su altura aún. Había sido un egoísta al aspirar a su afecto cuando yo todavía era un soñador. No tenía los medios para hacerme merecedor de un compromiso con usted, aunque ello no signifique que su actuación no me hubiera herido, casi destruido.

—Aunque piense que fui persuadida, y seguramente lo fui, dejarlo ir ha sido el momento más desdichado de mi vida, y lo hice sabiendo que era el único modo de verlo crecer y triunfar, de que consiguiera todos esos sueños de los que habla.

—Anne, oh, Anne, mi único sueño era y es usted.

Frederick detuvo el paso y lo último de lo que Anne tuvo conciencia fue de que sus manos le acunaban el rostro y de que los labios de él bailaban sobre los de ella.

—Por favor, hágame el hombre más dichoso del mundo y cátese conmigo —le solicitó al separarse.

Anne mentiría si dijese que no estaba esperando esta propuesta, pero estaría contando la verdad si dijese que no la esperaba esta misma noche. Se quedó suspendida un momento, memorizando todas las sensaciones que se manifestaban en su cuerpo, había tanta emoción en ella que le parecía que lo que estaba sintiendo era inexplicable, su corazón palpitaba desbocado, sentía el calor de Bath en la brisa y gotas humedeciéndole el rostro. Ella y Frederick miraron al cielo, las nubes grises habían ocultado las estrellas.

—Tenía la sospecha de que llovería —Anne advirtió que él abría el paraguas que había estado llevando colgado en el otro brazo y la colocó debajo para protegerla, luego la miró con tanta expectativa como ansiedad, como si no creyese que algo positivo podía venir de ella.

—Sí —resolvió su duda, luego de dominar sus nervios.

—¿Sí?

Ella asintió sonriéndole, una sonrisa que continuó incluso cuando sintió los labios de Frederick, emocionados, uniéndose a los suyos nuevamente.

—Me haces el ser más feliz del mundo.

—Y tú a mí, Frederick.

—Dilo otra vez, por favor.

Anne sonrió.

—Frederick, ¿me acompañarías a Camden-place? Tenemos un baile al que asistir.

Con una sonrisa que le iluminaba la mirada, Anne aceptó el brazo que él le ofrecía para complacerla, ahora estaba segura, de que nadie iba a persuadirles para separarles jamás.

Epílogo

Había terminado el estío, los vientos estaban cambiando y las hojas de los árboles cayendo, las hermanas Bennet, sin demasiado qué hacer con su tiempo, estaban en el estar de Longbourn, algunas dedicadas a la labor, otras a la lectura, cuando recibieron una carta que iba dirigida a las dos hermanas mayores. Lizzy y Jane se miraron con dudas.

*Queridas amigas,
Están cordialmente invitadas al baile de otoño a
celebrarse en Pemberley, donde, además,
compartirán con nosotros un importante
compromiso.
Suyos siempre.
E.W. y F.D.*

Gracias por leer



relato a la Austen

Bonus: carta del capitán Wentworth

No puedo seguir escuchando en silencio. Debo hablarle con los medios que tengo a mi alcance. Lo que dice me traspasa el alma. Vivo mitad en la agonía, mitad en la esperanza. No me diga que llego demasiado tarde, que se han perdido esos preciosos sentimientos para siempre. Le ofrezco mi ser otra vez con el corazón más rendido que cuando casi lo destrozó hace ocho años y medio. No diga que el hombre olvida antes que la mujer, que su amor muere más pronto. Puedo haber sido injusto, he sido rencoroso y débil; pero jamás inconstante. Sólo usted es el motivo de que yo haya venido a Bath. Sólo por usted pienso y hago proyectos. ¿Acaso no lo ve? ¿No ha comprendido mis deseos? No habría esperado siquiera estos diez días, de haber sabido cuáles eran sus sentimientos, como creo que debe usted de haber adivinado los míos. Apenas puedo escribir; a cada instante oigo algo que me anonada. Noto que baja la voz, pero sé distinguir esos acentos que se perderían para otros. ¡Dulce y angelical criatura! Veo que nos hace justicia. Crea que existe la constancia y el amor verdadero entre los hombres. Crea que son muy fervientes, muy constantes en

F. W.

Debo irme sin conocer mi destino; pero volveré aquí, o acudiré a su velada, en cuanto me sea posible. Una palabra, una mirada serán suficientes para decidir si puedo entrar en casa de su padre esta noche, o nunca.



Baile de otoño



Parte 1

La vida de Emma se había convertido en un caos, en los últimos meses habían sucedido tantos eventos desconcertantes e inesperados que, ella, creyéndose tan entera e incapaz de afectarse ante la adversidad, no pensaba que pudiera soportarlo.

En su interés por demostrarle a todo Highbury —y *por todo Highbury se refería al señor Knightley*— que ella tenía una gran sensibilidad para unir sentimentalmente a sus amigos, conseguirle un marido a Harriet Smith se había vuelto su obsesión desde el baile de invierno, pero entre todos sus disparates para propiciar tal boda entre su amiga y cualquiera (excepto Robert Martin), fue ella misma quien recibió una propuesta del señor Elton.

Todavía no comprendía cómo había sucedido tal confusión, ella solo había estado promoviendo encuentros entre el vicario de Highbury y su amiga cuando una noche que compartían carruaje, luego de una cena con los Weston, mientras la pobre Harriet se sentía indispuesta, sin consideración alguna, le tomó la mano, solicitó su atención y comenzó a declararle su apasionado amor.

¿Qué estaba pasando?

Todo este tiempo había estado convencida de que el señor Elton, era el candidato perfecto para su amiga, era un hombre con méritos y características imposibles de ignorar, tenía buen carácter y buena voluntad, pero tales méritos no eran suficientes para ella como para que sus intenciones de unirlos se prestaran a confusión; además, ella no pensaba en el matrimonio para sí misma... —*al menos no lo creía así*—, y estaba segura de que no quería tener algo que ver con el señor Elton.

Mas este inconveniente fue solo el segundo de sus errores —el primero había sucedido cuando orquestó el baile de invierno para que Charles Bingley se fijara en Harriet—; su tercera equivocación sucedió cuando, tras sus primeros fracasos, intentó que el orgullo de Highbury, *Frank Churchill*, también se fijara en su amiga.

Verán, desde que el señor Weston se casara con su institutriz había existido una especie de secreta fantasía entre ambos de que ella, siendo la hija casadera de los Woodhouse, y Frank, el hijo del señor Weston, se unieran, una secreta fantasía que, ella lo reconocía, alimentaba su ego y, no lo negaba, por algunos días la fantasía había conquistado su cabeza y las atenciones de Frank le confundieron: por primera vez, en veintiún años,

creyó estar enamorada; sin embargo, a tiempo se dio cuenta de que sus sentimientos por Frank no eran tales y que si la idea de casarse rondara su cabeza, nunca iba a ser con alguien que viajara hasta Londres por un corte de cabello, *nada de eso*, debía ser con un hombre de carácter fuerte y buen criterio, que la representara y supiese hacerle frente, uno con el que ella pudiese expresarse aunque luego se sintiese reprendida, un hombre como...

No, lo mejor era olvidarse de ello.

Pero lo cierto era que Frank Churchill ya estaba reservado, sí, y muy reservado, pero no para Emma Woodhouse ni para Harriet Smith, sino para Jane Fairfax. Sí, esta había sido la última sorpresa en Highbury, la noticia de la que todos hablaban: Frank Churchill y Jane Fairfax. Aunque no fue sencillo de asimilar, luego pudo atar todos los cabos sueltos, Emma se dio cuenta de algo, el hijo del señor Weston no se presentó en Highbury hasta que su querida Jane también estuvo ahí.

No obstante, entre todo lo ilógico que había sucedido durante el verano y las primeras semanas del otoño, lo más asombroso había sido escuchar la reciente confesión de Harriet Smith, que no había dudado un segundo en reconocer su afecto recíproco por el señor Knightley.

¡El señor Knightley!

Unos meses atrás había creído que cualquier día el señor Knightley anunciaría sus planes de boda con Elizabeth Bennet, la joven que le había deslumbrado y a la que había conocido gracias a ella misma, sí, cuando se le ocurrió aquella brillante idea de celebrar el baile de invierno, pero, ¿Harriet Smith? En la actualidad se daba cuenta de cada uno de sus errores y de su obstinación en conseguir algo que desde donde se le viera era ilógico, pero que el señor Knightley estuviese interesado en Harriet era impensable. *¿Cómo había sucedido? ¿Cuándo?*

Emma reconocía que había sido demasiado irracional cuando se había propuesto como meta de vida pactar, de acuerdo a su voluntad, una boda para Harriet Smith.

¡Oh, cuán ciega había sido!, ¿de dónde había obtenido tanta locura?

Su éxito al conseguir la boda entre los Weston se le había subido a la cabeza y se creía imbatible. El señor Knightley se lo había advertido, que estaba siendo obstinada y estúpida en insistir en su amistad con Harriet, pero, si de ella pensaba de ese modo, ¿qué aplicaba, entonces, a él?

Ahora estaba en Pemberley, ella y Darcy eran los anfitriones del baile de otoño donde, a pesar de los confusos sentimientos que la conmovían y

atormentaban, celebrarían un compromiso inmejorable.



[1] Fragmento de la novela *Sensatez y Sensibilidad*, de Jane Austen.

[2] Cita de la novela *Sensatez y Sensibilidad*.

[3] Cita del libro *Sensatez y Sensibilidad*.